

ver al pueblo su soberanía. Los mismos que desde el principio habian engañado á Maximiliano, seguian ahora en el tortuoso camino que habian emprendido: un gran vótor fué á la habitacion del Príncipe para felicitarle por su resolucion y darle muestras de adhesion; repiques, cohetés, músicas, fuegos artificiales y globos, tales fueron las demostraciones con que celebraron los imperialistas la debilidad de Maximiliano en acceder á las caprichosas inspiraciones de un partido; tambien de Veracruz y Puebla le dirigieron votos de gracias tan luego como supieron que continuaba en un trono que, por las mismas condiciones en que lo colocaban las conferencias de Orizava, no podia ser considerado sino como ilusorio, puesto que Maximiliano habia semi-abdicado; en todas las poblaciones donde todavía dominaban los franceses fué celebrada la vuelta de Maximiliano á México.

La resolucion del vacilante Príncipe trajo tres cuestiones vitales: una de dinero, otra militar y la tercera de sufragio nacional, considerado éste como la base de las demas; pero teniendo el Imperio el carácter de transitorio hasta que el Congreso hubiera fallado en las cuestiones planteadas por Maximiliano, ¿quién presidiria la apelacion al pueblo? ¿de qué manera se esperaba allegarlo á las mesas electorales y cómo establecer el armisticio prévio entre partidos que no podian dejar las armas de la mano? Más de imprevisión que de grandeza tuvo el pensamiento de Maximiliano de llamar al pueblo para que resolviera acerca de la vida ó la ruina del Imperio. Indudablemente influyeron mucho en los absurdos cometidos por Maximiliano, los trabajos de los Sres. Lares, Marin y otros que hicieron creer al infortunado Príncipe que podia contar desde luego con cuatro millones de pesos, mediante ciertas leyes hacendarias que propuso el Sr. Campos, y que con facilidad se completarian los treinta mil soldados; algunos consejeros influyeron tambien en la vuelta de Maximiliano á la capital, para donde partió de Orizava el 14 de Diciembre (1866) á las cinco de la mañana, asumió el mando del ejército y á causa de sus enfermedades hacia jornadas cortas, y aun pensó en ir á Atlixco á mudar temperamento; envió al Interior á Miramon, gefe de uno de los tres cuerpos en que dividió al ejército, dándole por segundo al general Castillo, y dejó los otros dos al mando de Márquez y Mejía. Precisamente entónces era tomado San Luis Potosí por el gefe republicano Treviño. Maximiliano rehusó las recepciones estrepitosas y no apartaba de su mente el pensamiento de reunir el Congreso y lograr la fusion de los partidos, pensamiento imposible segun lo habia acreditado la experiencia. Derogó algunas contribuciones, disminuyó otras, disolvió el cuerpo austro-belga, dejando á los que lo componian en libertad para alistarse en el ejército nacional con grados superiores, y firmó una Convencion con Inglaterra para fijar el modo de proceder en las reclamaciones de súbditos británicos.

En tanto que Maximiliano con cándida lealtad pretendia unir á los partidos, el órgano del Ministerio en la prensa, pedia que las cuestiones fueran resueltas por medio del sable y los préstamos forzosos. Habíase fijado Maximiliano en esta disyuntiva: ó consolidar su gobierno por medios enteramente legales, ó hacer que la Nacion se diera otro salvando él, en todo caso, su nombre comprometido con la resolucion que habia tomado de abandonar al país con las últimas fuerzas francesas; sin duda no previó cuán difícil era sostener con solo el auxilio del partido conservador un órden político que se derrumbaba. Con aquella mira aceptó el parecer de la Junta de Orizava, y en Puebla permaneció esperando la convocatoria que el Consejo habia prometido mandarle, para la reunion del Congreso nacional que habia de confirmarle en el trono ó variar la forma de gobier-

ne. Disgustado Maximiliano con la tardanza, consultó con algunas personas la causa y le dijeron que era irrealizable el pensamiento de un Congreso semejante, el que, aun cuando lograra reunirse, no seria la expresion de la voluntad nacional, porque la convocatoria no podia tener efecto sino en la parte del país donde regian las leyes imperiales: aconsejéronle que más bien procurara que la convocatoria para elecciones fuera formada por medio de comisionados que representaran á los dos partidos beligerantes; para ello era necesario dirigirse al Sr. Juarez é invitarlo en nombre de la paz y del interes nacional á esa solucion, incluyéndole el proyecto de convocatoria; en caso de negativa por parte del Sr. Juarez, habia de dar Maximiliano un manifiesto y proseguir la guerra si así lo creia necesario, ó se retiraria al extranjero si juzgaba que la guerra no podia dar resultado favorable; hiciéronle notar que las circunstancias no favorecian la anuencia de Juarez á la idea del Congreso, porque la retirada de los franceses por un lado y la proteccion manifiesta que por otro le prestaban los norte-americanos, dábanle, y con razon, alientos bastantes para considerarse vencedor, y que en tales conciliaciones no entran sino los que dudan de su supremacía sobre su contendiente, y en este caso no podia ser considerado el Sr. Juarez, á quien era necesario, para obligarle á admitir proposiciones, vencerlo ántes por medio de importantes triunfos.

Esta manera de ver la cuestion debida principalmente al Comisario del Departamento de Puebla, D. José María Esteva, fué aceptada por Maximiliano, en quien ni por un moment ose apartaba la idea dominante de dar solucion al dificultoso estado de la política, por medio del Congreso, y con objeto de adquirir el prestigio necesario para que fueran oidas sus proposiciones marchó á Querétaro, acercándose así á la vez á Juarez para tratar del asunto que reservaba hasta del Ministerio, que no estaba por la conciliacion. Maximiliano intentaba someter al Congreso esta disyuntiva: si la Nacion queria el Imperio constitucional, en cuyo caso designaria al Soberano, ó la República y en este sentido tambien señalaria al que la habia de presidir; la reunion se habia de verificar en un lugar neutral y durante ella habria suspension de armas; la convocatoria habia de hacerse por tres comisarios de cada parte investidos de poderes especiales, y se instalaria la gran comision convocante en Querétaro ó en otra poblacion central. Cualquiera habria conocido que este plan era inaplicable no solamente por la superioridad de los republicanos, sino cuando tan alto hablaban las pasiones, los rencores y la ambicion de multitud de gefes que obraban por cuenta propia; la proclama en que Maximiliano manifestó su intencion de reunir un congreso no era conocida de tantos gefes republicanos que obtenian continuas capitulaciones de fuerzas imperiales y aun acababan de fusilar al Visitador Franco. Varios de esos gefes que supieron lo que pretendia Maximiliano, rechazaron el pensamiento por medio de proclamas, y más se dificultaba la pretendida conciliacion por haber entregado Bazaine el mando de las tropas imperiales al gefe Márquez, aborrecido desde mucho ántes por los liberales republicanos, dueños ya de las poblaciones que iban dejando los franceses y de los bienes de los imperialistas, que perdieron sucesivamente á Guadalajara y Aguascalientes, y aun á Tizayuca y Tulancingo.

Al concluir el año de 1866 partia de México para el Interior Miramon con tropas animadas por el valeroso ejemplo de su caudillo, y avanzó rápidamente hasta Guanajuato, entanto que Maximiliano pasaba lentamente de Puebla á México, yendo aún enfermo; no hubo recepcion oficial y tan solo el gefe Márquez fué á encontrarlo hasta Rio Frio con algunas tropas. Entró á México el Príncipe el 5 de Enero (1867) y le reci-



bieron en la hacienda de la Teja los ministros y otras personas; hubo repiques á vuelo en todas las iglesias, y allí tuvo varias conferencias y dispuso que hubiera otras en Palacio, concurriendo el comandante Bazaine á la del día 14; en ella fué leída una carta de Maximiliano, que todavía vacilaba, pidiendo el parecer sobre si los elementos con que contaba el gobierno y de que darian razon los ministros de Hacienda y Guerra, serian suficientes para salvar la situacion; los ministros aludidos hicieron de tal manera las cuentas, que sobraban dinero y soldados, con lo cual ya quedaba resuelta la dificultad; y aunque Bazaine opinó porque todo aquello que se decia era ilusorio, se resolvió por solo cinco votos en contra, que convenia la permanencia de Maximiliano en el gobierno. Presidió la Junta el Sr. Lares, y fué leída una lista de los Departamentos que se aseguró permanecian fieles al Imperio; se sostuvo que el erario contaba con una entrada efectiva de once millones y que á medida que fueran recobradas las principales ciudades del Interior, podrian llegar los rendimientos del erario á treinta y tres millones, y se dió por cierto que el ejército ascendia á veintiseis mil hombres; Bazaine sostuvo que por el estudio que habia hecho del país, el Imperio era la guerra y de ninguna manera la paz. El clero, cosa notable, opinó de una manera inesperada: el arzobispo se declaró incompetente y añadió que no sabia la verdad de los datos presentados; el obispo del Potosí dijo que no todos los republicanos eran de mala conducta segun habian dicho varios miembros de la Junta; el Sr. Robles Pezuela demostró que eran inexactos los datos presentados por el ministro de Hacienda, y de nuevo hablaron los Sres. Bonifacio Gutierrez, Cortes Esparza y otros opinando por la retirada de Maximiliano; pero al fin la mayoría votó la continuacion del Imperio.

Hubo de particular que en tanto que el ministro de Hacienda, Campos, sostenia que habia mucho dinero, citara una Junta de capitalistas para distribuir un préstamo de un millon de pesos, y no queriendo pagar algunos de los cotizados, fueron reducidos á prision. Siendo irrealizable el préstamo se impuso la contribucion del uno por ciento; la pobreza llegaba á su límite porque los franceses querian tomar los rendimientos de la Aduana de Veracruz, siendo este asunto la fuente principal de las complicaciones con que acabó la alianza entre la Intervencion y el Imperio. Aunque Gonzalez Ortega seguia sus maquinaciones contra el Sr. Juarez, los imperialistas más notables se fueron marchando al extranjero previendo lo que iba á suceder, pues al dejar á México el último convoy frances en 1º de Febrero (1867) y cinco dias despues Bazaine, se calculaba en más de cuarenta mil el número de republicanos; ya de Oaxaca habian salido sobre Puebla las tropas al mando de Porfirio Diaz; Orizava era hostilizada por Amador; fué desocupada la fortaleza de Perote y hasta en Tlaxcala estaban los republicanos; á fines de ese mes entregaron los franceses á las autoridades imperiales la aduana de Veracruz á cuyo puerto se retiraron las tropas imperiales de Córdoba y Orizava, pasando los últimos franceses sin que los ofendieran los republicanos. Francia abandonó á sus nacionales y á los intereses que dijo habia venido á proteger, su bandera salió desairada y con la nota de haber gastado infructuosamente muchos millones y vertido sangre á torrentes, debido todo á los errados cálculos de un monarca cuya influencia en el Continente americano quedó perdida desde entónces.

Maximiliano pasó revista en Tlalpam y San Angel á las tropas de Márquez, visitó la Ciudadela, cuando ya Porfirio Diaz llegaba á Huamantla y cuando Cuernavaca era ocupada por los republicanos; el general Corona avanzaba sobre Guadalajara, Escobedo atacaba á San Luis y Juarez entraba á Zacatecas, donde era sorprendido por Miramon,

quien se detuvo para imponer un préstamo y tomar gente de leva; pero cortado de las demas tropas que mandaba el general Castillo, al retroceder fué derrotado por las de Escobedo en San Jacinto el 1º de Febrero, y fusilado su hermano D. Joaquin Miramon así como los extranjeros que cayeron prisioneros. Maximiliano dejó á México la mañana del 13 de Febrero, para dirigirse al Interior acompañado de Márquez y del ministro Aguirre, y encomendó el despacho de los negocios á los ministros, con acuerdo del presidente del Consejo investido con amplias facultades para expedir leyes y decretos en casos urgentes; seguian á Maximiliano cerca de cuatro mil soldados y dictó disposiciones que hicieron comprender que su ausencia seria larga; vestia traje nacional y Márquez llevaba las insignias de su grado; algunos guerrilleros le hostilizaron en su marcha y en las escaramuzas mostró serenidad y valor; tambien iba Vidaurri mandando las caballerías. Los imperiales aplaudieron la resolucion de Maximiliano acerca de ocupar su puesto entre los combatientes, y la negativa á la última invitacion que todavía le dirigió Bazaine para que partiera con las tropas francesas. Ya Puebla estaba amagada por Porfirio Diaz, que la sitió en Marzo, aunque en el interior de ella se habian concentrado las guarniciones de varios puntos, y aun México pudo considerarse sitiada desde el momento en que la dejó Maximiliano, subiendo el valor de los víveres y faltando los recursos que no podia proporcionar el nuevo ministro Villalva; tambien Veracruz fué sitiada.

En San Juan del Rio declaró Maximiliano que se ponía á la cabeza del ejército y fué recibido en Querétaro con señales de entusiasmo; allí encontró al gefe Mendez y tomó á su cargo la organizacion y disciplina de las tropas que llegaban á doce mil soldados, con los que formó tres cuerpos mandados por los gefes Miramon, Márquez y Mendez; Mejía tomó el mando de las caballerías. Entretanto íbanse reuniendo en Celaya y otros puntos las fuerzas de Escobedo, Régules, Corona y Antillon, y comenzaron los combates parciales llevando la mejor parte los imperialistas; no obstante, avanzando aquellas colocó Escobedo su cuartel general en las colinas de Santa Rosa, circunvalaron sus soldados la ciudad y aunque ascendian á veinticinco mil, pudieron los imperiales haberse abierto paso si lo hubieran pretendido, pues Márquez aun pudo regresar á México con las caballerías, y acompañado de Vidaurri, investido el uno con el nombramiento de lugar-teniente y la mision de sacar tropas de México, y Vidaurri con el de ministro de Hacienda y presidente del Ministerio. El éxito del sitio parecia dudoso, pues fueron derrotadas las fuerzas de Toluca, Guerrero y Pachuca é introducidos víveres á la ciudad, y el 27 de Abril derrotaba Miramon en el Cimatarío las fuerzas de Corona y tomaba veinte piezas de artillería. Ocupaba Maximiliano en los trabajos de las trincheras á los soldados y paisanos útiles, imponiendo penas severas á los que se escusaban; pagaba con bonos los víveres tomados de quien los tuviera, y para buscar los recursos no se detuvieron los sitiados en cometer toda clase de arbitrariedades; dentro de la plaza faltaron al grado de comer las tropas caballo cocido sin pan ni tortilla, y la caballería era mantenida con mezquite y fresno; el parque era de tan mala calidad que inutilizaba al armamento, los cápsules ardian con dificultad, debiéndose todo á la circunstancia de haberse encerrado Maximiliano en la plaza sin acopiar provisiones de boca y guerra.

En vez de volver Márquez á Querétaro pretendió libertar á Puebla sitiada por Porfirio Diaz; pero este gefe republicano se anticipó, tomó la ciudad el 2 de Abril y saliendo al encuentro de Márquez le derrotó el 10 en San Lorenzo, y desde luego comenzó el sitio de la capital tan estrecho que ya no se supo más de lo que en Querétaro pasaba.



Allá habia pedido Maximiliano un informe á los generales Castillo, Mejía y Miramon, y aunque se dedujo del que rindieron, que la plaza no podia defenderse con éxito, aconsejaban llevar la guerra hasta el último extremo; pero pensando Maximiliano de otro modo, comisionó al coronel López para solicitar del general Escobedo se le permitiera salir de la plaza con solo un escuadron que le acompañara hasta el punto de la costa donde se embarcaria, haciendo la formal promesa de no volver á la República; López obtuvo una negativa completa; pero, segun expresiones del mismo Maximiliano y aun partes oficiales insertos en un periódico de Morelia, arregló López entregar la fuerte posicion del cerro de la Cruz, y á los setenta y dos dias de riguroso sitio fué preso Maximiliano despues de retirarse al cerro de las Campanas, donde enarboló una bandera blanca al conocer la inutilidad de la resistencia, y participó su rendicion por medio de sus ayudantes al general vencedor; habiendo pasado á conferenciar con él el general Corona, le expuso Maximiliano que ya habia abdicado ante su Consejo de gobierno en México, despues habló con Escobedo acerca de que le permitiera marchar á un punto de la costa donde se embarcaria dando su palabra de no volver á México; pero Escobedo le contestó que no tenia facultad para conceder lo que se le pedia, y despues de ofrecerle las garantías debidas á un prisionero de guerra, lo entregó al general Riva Palacio para que le condujera con todos los otros gefes rendidos y prisioneros, entre ellos Miramon y Mejía, al convento de la Cruz.

El gobierno republicano dispuso se les formara causa conforme á la ley de 25 de Enero de 1862, y trasladado Maximiliano al convento de Capuchinas se abrió la causa, ejerciendo funciones de fiscal el teniente coronel Manuel Aspiroz y de asesor el C. Joaquin M. Escoto; Maximiliano nombró por defensores á los Sres. D. Mariano Riva Palacio, D. Rafael Martinez de la Torre y D. Eulalio Ortega, é interinamente al Lic. D. Jesus María Vazquez; alegó incompetencia en el tribunal para juzgarlo; pidió una conferencia con Juarez, la cual le fué negada. Habiendo quedado Maximiliano sin ropa, se la envió el general Escobedo. El 16 de Junio dirigió una carta al conde de Bombelles diciéndole que saludara en su nombre á sus amigos, que habia cumplido con un deber y que tan solo por la traicion pudo haber sido sojuzgado un ejército que defendió la plaza por setenta y dos dias. El gobierno republicano concedió á los reos algunos dias más de los señalados por la ley y durante los cuales algunos amigos de Maximiliano quisieron salvarlo, ántes y despues que tuviera lugar el Consejo de guerra, que se reunió los dias 13 y 14 de Junio, y sentenció á muerte á los reos Maximiliano de Hapsburgo, Miguel Miramon y Tomas Mejía; los defensores hicieron cuanto les fué posible para alcanzar el perdon, pero todo fué inútil.

A las seis de la mañana del 19 de Junio, al pié del cerro de las Campanas, formaron el cuadro las fuerzas mandadas por el general Diaz de Leon, en presencia de la silenciosa multitud que cubria la colina; ántes de salir Maximiliano para el cerro de las Campanas, dijéronle que habia muerto su esposa, y exclamó: «Hasta en esto me ayuda el cielo.» Varias veces se le habia anunciado que iba á ser ejecutado, pero retardaban el acto los esfuerzos de los defensores, hasta que á las siete y cuarto de ese dia llegaron los reos en tres coches; Maximiliano salió primero y dirigiéndose á Miramon y Mejía les dijo: «Vamos, Señores,» y con paso firme avanzaron hasta el lugar del suplicio, y arreglándose la barba marchó el Príncipe á su puesto; tan solo Mejía se mostraba abatido por la locura de su esposa. Preguntó Maximiliano quiénes eran los soldados que le iban á tirar y regaló á cada uno de ellos una onza, abrazó á sus compañeros de in-

fortunio, ofreció el lugar de honor á Miramon, cuyo valor elogió, y pronunció una breve alocucion, en la que, segun se nos refiere, fué interrumpido y una descarga anunció el trágico fin de un Imperio en que hubo tanta imprevision. Los Estados- Unidos pidieron al Sr. Juarez indultara á Maximiliano de la pena de muerte, pero tambien esa peticion fué políticamente desechada. El cadáver de Maximiliano fué conducido á la iglesia del convento de Capuchinas, donde lo embalsamó el Dr. Licea, quien, en el informe que dió, asegura que el Príncipe recibió un tiro en medio de las extremidades anteriores de la cuarta y quinta costilla del lado derecho; otro sobre el «apéndice xifoides,» un tercero dos pulgadas hácia abajo del anterior y dos hácia la izquierda de la línea media; el cuarto en el hipocondrio derecho, tres pulgadas hácia la derecha y una hácia abajo del punto en donde recibió el segundo tiro; el quinto tres pulgadas abajo del ombligo y una hácia la izquierda de la línea media; el tiro de gracia abajo de la tetilla izquierda le atravesó el corazon. Al caer recibió varias contusiones en las mejillas y en el brazo derecho, en el codo y antebrazo correspondientes. Los restos del vestido del difunto Príncipe y la negativa que del rostro hizo sacar el Sr. Licea, dieron lugar á un litigio promovido por la señora de Salm. Conducido el cadáver á México, fué guardado en la iglesia de San Andres; en los dias que estuvo ahí fué embalsamado de nuevo, aunque no presentaba descomposicion importante, la piel se le habia oscurecido y caídosele el pelo.

El almirante Tegethoff llegó á Veracruz en Agosto en el vapor «Elisabeth,» despues de haber estado varios dias en los Estados- Unidos y pidió el cadáver de Maximiliano, primero por telégrafo y despues pasó á la capital, viniendo con una mision puramente confidencial. Ya ántes habian hecho igual solicitud el baron de Lago y el ministro Magnus, pero el gobierno no accedió á sus peticiones, y todavia para entregarlo á Tegethoff se exigió que hiciera una expresa solicitud la familia del finado. Cumplido este requisito salieron de la capital los restos el 13 de Noviembre, (1867) y embarcados en la fragata «Novara» fueron conducidos á Trieste. El cadáver estaba vestido de negro y reposaba sobre cojines de terciopelo en un ataúd de palo de rosa primorosamente trabajado, sobre la tapa estaba labrada una cruz en relieve, ceñida con algunas hojas de vid é iba envuelto en otra caja de zinc. Al llegar á Cádiz la fragata de guerra austriaca los buques españoles dispararon un cañonazo en la rada cada cuarto de hora; fueron á Trieste á recibir el cadáver los miembros de la familia imperial y llevado á Viena se le hicieron solemnes exequias, despues fué colocado en la iglesia de Capuchinos en el local preparado en el panteon imperial. Maximiliano dejó dos testamentos: uno redactado en Miramar en 1864, y el otro en Querétaro al tener la creencia de que su heredera la princesa Carlota ya no existia.